

¡Vámonos con Pancho Villa! Ochenta años después

Jean Meyer*

En sus dos últimos libros, Friedrich Katz, historiador de la sociedad y de la economía desde siempre,¹ restituyó el lugar que se merecen la historia de las relaciones intencionales y la historia política. Después de numerosos trabajos de historia agraria del Porfiriato (Katz, 1974, 1988; Katz y Dale Lloyd, 1986, entre otros muchos títulos), Katz decidió integrar la dimensión política, interior y exterior, al darse cuenta del peso que las potencias extranjeras, la guerra y las luchas políticas tuvieron en el curso y desenlace de la Revolución Mexicana entre 1910 y 1920.

En ambos libros, Katz predica que la interacción es la regla entre las naciones y entre todas las fuerzas dentro de cada nación. Por eso sus libros se presentan de manera clásica, tan clásica que muchos historiadores no saben manejarla: la manera narrativa. No falta quien piense para sus adentros –porque públicamente nadie se atrevería a criticar a Katz, ahora que ha triunfado–: “mucho narrativa, y poca historia”, o que su *Pancho Villa* es una gigantesca microhistoria”. A quien razone así, si olvida su mala leche, le daré la razón, dado que don Federico no está muy lejos de don Luis (González y González). El éxito mundial de la “nueva historia” –enriquecida por todas las ciencias sociales, por sus técnicas cuantitativas y cualitativas, por su co-

* El autor es investigador de la División de Estudios Internacionales del Centro de Investigación y Docencia Económicas. Este ensayo se recibió en versión final en febrero de 1999.

¹ En 1954 defendió en Viena una tesis que se publicó en México en 1966 con el título de *Las relaciones socioeconómicas de los aztecas en los siglos XV y XVI* (Katz, 1966).

queteo con la economía, la antropología, el psicoanálisis y la lingüística—nos hizo olvidar durante un tiempo que la historia de los productos de la acción humana no descalifica la historia de la intención humana. La vieja crónica contaba historias, presentaba y ordenaba acontecimientos seleccionados, siguiendo un orden lineal y cronológico. Ciertamente, se interesaba demasiado por los “grandes hombres” y culminaba en la “historia de bronce” de la que se burló Luis González. En su desprestigio arrastró al relato. Sin embargo, el relato, la narrativa, como lo comprueba Katz, no es ni superficial ni anecdótica. La narrativa puede ser historia; la historia política y diplomática puede aliarse a la social y la económica. Puede y debe. “Integrar historia social y diplomática” era la meta que se fijó Katz en su *Guerra secreta* (Katz, 1981, 1982); no sólo lo logró, sino que en ese entonces también integró la historia política y la sociológica, pensando ya en su libro siguiente, *The Life and Times of Pancho Villa* (Katz, 1998a).

Katz siempre procedió así: multiplicando bocetos, anunciando desarrollos posteriores mediante esbozos prometedores. En 1964, en su tesis de doctorado (Katz, 1964) ya estaba en germen *La guerra secreta* (1982); en esa tesis hay un capítulo titulado “Alemania y Pancho Villa” que es la semilla de todos los trabajos posteriores de historia agraria, los cuales, a su vez, no son más que el preámbulo del presente *Pancho Villa* (1998a). Es decir, que este libro tuvo una gestación de más de 35 años. No cabe duda, *Pancho Villa* es la obra de una vida. Desde 1960, Katz no ha dejado de pensar en los campesinos, la tenencia de la tierra, las relaciones de trabajo en la hacienda (servidumbre y peonaje) y en lo que rodeaba a todo esto: la compleja relación con Estados Unidos y las contradicciones entre los diversos imperialismos. Desde un principio manejó las dos dimensiones: la Revolución Mexicana como una guerra internacional, antes, durante y después de la primera Guerra Mundial, y como una guerra civil, política y social.

En su tiempo reseñé *La guerra secreta* (Meyer, 1983), para decir todo lo bueno que pensaba de una obra tan novedosa como inclasificable. Han pasado 18 años y el libro sigue tal cual. Contribuyó de manera poderosa a la revisión de las interpretaciones previas, a la demolición de la versión oficial ligada al partido en el poder e incluso la de su opositor de izquierda, lo cual, dado el pasado de militante comunista de Katz, no deja de resultar picante. Friedrich Katz situó así a México y a su Revolución en el tablero mundial a la hora de la gran crisis del siglo XX que comenzó en 1914. Manejó con éxito la triple dialéctica interior/exterior, economía/política, fuerzas sociales/fuerzas políticas.

Además, situó a las figuras clave de la Revolución en su contexto regional, geográfico —Katz estudió en escuelas francesas—, histórico, social y económico. En este gran libro están presentes los dos actores principales del libro siguiente: Pancho Villa y Chihuahua/Durango.

¿Por qué Villa? Katz, nacido en Austria en 1927, en una familia comunista judía, tuvo una juventud cosmopolita. Conoció el exilio en Francia después del triunfo del nazismo, antes de salir para América y México, casi al mismo tiempo que los republicanos españoles. Terminó sus estudios en México y después volvió a Europa, a la Universidad de Berlín, en la República Democrática Alemana. Eso le permitió trabajar en los archivos de Postdam y de la Wilhelmstraße.² Cuando las fuerzas del Pacto de Varsovia invadieron Checoslovaquia, en 1968, manifestó su inconformidad y tuvo la suerte de poder salir al extranjero. Desde entonces trabaja en Chicago, donde se ha dedicado a estudiar la Revolución Mexicana en el sentido más amplio del tema y de su cronología. Menciono esas raíces intelectuales y sentimentales —el mundo germánico, Francia, México, Estados Unidos, el marxismo y el comunismo— para explicar la preocupación permanente de Katz por aclarar las dimensiones clasistas de los diversos movimientos que conformaron la Revolución Mexicana y el papel del entorno mundial.

Su interés por Villa coincide en el tiempo con el famoso libro de Eric Hobsbawm (1959) sobre el “bandido social”. No sin una brizna de romanticismo, Katz decía hace algunos años en una entrevista, que Villa le interesaba:

Precisamente por las complicaciones que presentaban tanto su personalidad como su movimiento. Cuando me adentré más profundamente en el asunto, quedé fascinado por nuevas preguntas: ¿cómo podía un peón semianalfabeto y un bandido como Pancho Villa conseguir la organización de un ejército de 30 000 hombres, administrar uno de los estados más vastos y evolucionados de México, como lo era Chihuahua, y obtener paralelamente una enorme popularidad en México y, al menos en los años 1913 y 1914, un fuerte respeto en el vecino Estados Unidos?³

Sin embargo, ese romanticismo no llevó a Katz del lado de la biografía; el libro le dedica cuando mucho 40 páginas de 818 a Villa como hombre. El párrafo titulado “The intimate life of Pancho Villa” (Katz,

² Allí se encuentran los archivos del Ministerio de Relaciones Exteriores (Außenministerium) de la entonces República Democrática Alemana (N. del E.).

³ Katz citado por Meyer, 1998, p. 3.

1998a) dejará en ascuas a los villistas del año 2000 porque no pasa de cinco páginas. Tampoco es romántico Katz cuando deshace sin compasión el *cliché* de una revolución realizada por los más pobres y sufridos de los mexicanos, a saber, los peones. El mito agrario no lo conmueve –quizá por su formación marxista– y afirma tranquilamente que “la revolución no tuvo un sentido agrario generalizado”. Lo afirma porque estudió muy seriamente el campo y sus trabajadores, lo que lo preparó para entender que la Revolución no fue única sino múltiple, que tuvo características particulares en las diversas regiones y que sus diferentes caudillos expresaban en su conducta y sus proyectos las condiciones de cada región.

Villa en su región: Chihuahua-Durango

El *Opus Magnum* de Katz cuenta con 818 largas páginas de texto y 177 de aparato crítico (en la edición de Standford; Katz, 1998a). La primera parte trata de Villa antes de que llegara a ser Villa y, en específico, de Chihuahua antes y al principio de la Revolución. La segunda parte es el edificio central: 345 páginas dedicadas a la promoción de Villa como líder nacional y, en especial, al villismo como movimiento social. La tercera parte estudia al guerrillero de 1915 a 1920, y la cuarta trata de su rendición, de su vida como pequeño hacendado, de su asesinato y de la leyenda posterior. Una breve conclusión de 25 páginas afirma que el autor no pretende poner fin a la discusión alrededor de esa “figura revolucionaria mayor”; discusión que se antoja interminable. “Lo único que espero haber hecho es ayudar a clarificar los parámetros del debate” (Katz, 1998c).⁴

Los cuatro primeros capítulos están, de hecho, dedicados a Chihuahua, y también muchas páginas de la segunda parte. Eso se debe a que Villa y el villismo, sus éxitos y su fracaso final no se entenderían fuera de su contexto regional. Como lo dijo el propio Villa: “Fuera de Chihuahua no sirvo para nada” (Katz, 1998a, p. 206). Eso lo decían los zapatistas, y volvieron a decírmelo los cristeros ya viejos, citando el dicho popular: “Para los toros del Jaral, los caballos de allí mismo”.

Katz nos describe una región en crecimiento rápido, región fronteriza con un Texas dinámico, en la periferia política y económica de

⁴ El lector se dará cuenta por sí mismo del trabajo titánico realizado por Katz en bibliotecas y archivos del mundo entero. ¿Qué hubiera pasado si Villa hubiese dejado un archivo como Zapata y si el archivo del estado de Chihuahua no se hubiese quemado en 1940? Quinientas páginas más.

México, pero limítrofe con la más dinámica de las *frontiers*: la de Estados Unidos. Un par de generaciones antes, Chihuahua (y parte de Durango) había sido frontera, en el sentido de frontera de guerra, contra los apaches y otros indios bravos. La organización original, basada en el antiguo modelo novohispano de colonias militarizadas, convirtió a sus pobladores en agricultores privilegiados en comparación con los campesinos del México central. Dice Katz (1998a):

Los campesinos del Norte habían obtenido un grado de autonomía desconocido fuera de sus regiones y, a causa de la gran disponibilidad de tierra, eran mucho más ricos que sus equivalentes en el centro [...] La revolución de Villa fue esencialmente un intento de reconquistar la libertad y el bienestar

perdidos en los primeros diez años del siglo XX, cuando se rompieron los viejos lazos del paternalismo fronterizo entre la familia Terrazas, empeñada en construir su imperio, y sus antiguos soldados y compañeros de lucha. La bonanza mineral e industrial, interrumpida por la crisis durante los tres últimos años del Porfiriato, aceleró el cambio social y el acercamiento hacia Estados Unidos, como motor económico y modelo sociopolítico.

Fruto de la modernización y del crecimiento en todos los sectores, empezando por el demográfico, la prosperidad tan espectacular como reciente en Chihuahua se veía cíclicamente amenazada por las crisis agrícola, minera y comercial, las cuales, al coincidir en el periodo de 1907 a 1910, trastornaron a toda una sociedad: el mundo de la *frontier*. Una serie de malas cosechas arruinó a los agricultores justo cuando los mineros se quedaban sin trabajo a ambos lados de la frontera. En una sociedad en la que los migrantes, los proletarios desarraigados eran numerosos, una crisis global como aquella significaba un gran número de hombres superfluos, disponibles: un ejército potencial. Para ellos la revolución significaría más que una lucha política, más que una aventura: el pan de cada día, un empleo.

En el país había entonces muchas regiones dislocadas por la modernización –las “zonas de fractura” de F. X. Guerra–; sin embargo, ninguna, con la excepción del Morelos de Zapata, reaccionó como el Norte; el triple Norte de Chihuahua, Sonora y Coahuila. La geografía y la historia explican su capacidad para engendrar una alianza que movilizó prácticamente a toda la sociedad. Todos los grupos, todas las clases sociales habían compartido la triple experiencia de la guerra

contra los apaches, los yaquis, los comanches; la lucha política contra México, y la proximidad fascinante y peligrosa de Estados Unidos. Modelo admirado y envidiado, Estados Unidos estimuló el nacionalismo celoso del Norte y lo abasteció de armas, crédito y dinero a la hora de la Revolución. Estados Unidos ofreció un mercado inmediato a los productos del estado de Chihuahua, cuya venta era indispensable para las finanzas villistas. Friedrich Katz apunta que la frontera internacional siguió abierta y permeable, que la economía siguió funcionando de manera regional —una región indiferente a la frontera administrativa—, que la Revolución dependía del comercio a través de la frontera; con una frontera sellada, el villismo pudo haberse parecido mucho al zapatismo. Ese hecho estructural fue decisivo tanto para el villismo como para la Revolución Mexicana en su conjunto.

Villa y la cuestión agraria⁵

Los factores regional y geoestratégico explican la línea seguida por Villa. Creo que Katz le dio un tratamiento decisivo al tema. Los historiadores antivillistas insistían en la falta de un programa y de una obra agraria villista; los provillistas, por más que subrayaban los casos de reparto, no lograban explicar la reticencia de Villa a proceder a un reparto generalizado. Por lo tanto, todos recurrían, para explicar el éxito de Villa en movilizar a miles de soldados, al famoso carisma del caudillo (explicación positiva) o a la atracción ejercida por el gran bandido (social o no) sobre otros tantos bandidos (explicación negativa). Katz resuelve el problema con la ayuda de la geopolítica: el factor distancia. La revolución villista, al salir de su región para derrotar a Huerta, primero, y luego para derrotar a Carranza, decidió posponer el reparto agrario. En efecto, repartir la tierra habría provocado la desbandada de la División del Norte: los soldados ausentes se hubieran expuesto a no recibir nada; por tanto, a la primera noticia de reparto, habrían dejado a Villa solo. El razonamiento es convincente: el derrumbe del ejército ruso entre mayo y julio de 1917 fue provocado por la noticia de que los campesinos habían empezado de manera espontánea pero muy efectiva, el “reparto negro”. Sin pedir permiso, los soldados-campesinos, o sea 80% de los efectivos, se fueron a su casa.

⁵ Katz, 1998a, cap. XI y pp. 250, 360, 392 y 403-414.

Espero que Alan Knight esté de acuerdo con la tesis de Katz según la cual no se puede subestimar el agrarismo villista, por más que haya que mantener distinciones. El problema está en la carga ideológica y emotiva que conlleva la palabra “agrarismo”. Se vale decir que Zapata era agrarista, y agraristas eran también Carrera Torres y Cedillo; se vale, asimismo, decir de Lázaro Cárdenas que fue un presidente agrarista. Sin embargo, no estamos hablando de la misma cosa. Curiosamente, Cárdenas era el heredero del linaje que corre de Carranza a Calles, pasando por Obregón. Al presidente Cárdenas le tocó eliminar a Saturnino Cedillo, quien lo había apoyado en su lucha contra Calles y había sido su secretario de Agricultura. Cedillo había sido zapatista y villista. Villa cayó bajo las balas del régimen con el que Cárdenas se identificó siempre. La “reforma agraria” desarrollada por Cárdenas, a una escala hasta la fecha única en América Latina, no les gustó ni a Cedillo ni a Díaz Soto y Gama (zapatista) ni a Nicolás Fernández (villista, fundador de los *Camisas Doradas Anticardenistas*). La reforma agraria la hicieron los carrancistas Cárdenas, Múgica y Jara. Ironía de la historia.

Naturaleza del villismo

Sobre el componente nacionalista del villismo, Katz (1998a, cap. IX y pp. 527-538 y 587) escribió páginas definitivas, así como sobre sus relaciones con Estados Unidos. El villismo –hay que distinguir entre el villismo en su bastión norteño y el villismo en otras partes del país– fue un movimiento social y una coalición con sus bases sociales, su ideología y un liderazgo propios, que no estuvo limitado a una región –la suya–, y que no fue de naturaleza defensiva como fue el zapatismo. Operó en escenarios distintos, muy lejos de su base inicial y terminal, y se atrevió militarmente a desplazarse para enfrentar a su adversario –norteño como él–, lejos de sus bases –como él–: el carrancismo.

El villismo, a diferencia del carrancismo, no pudo, o no supo –en términos políticos–, alcanzar un destino nacional y después del verano de 1915, luego de las grandes batallas perdidas en el Bajío, se quedó eternamente como defensivo, aunque era mucho más peligroso que el eternamente defensivo zapatismo. De manera paradójica, Villa terminó luchando contra Villa, si tenemos en cuenta que en la terrible guerra que asoló a Chihuahua entre 1917 y 1920, Villa tuvo que com-

batir no sólo a los federales carrancistas, sino también a las defensas sociales, muchas veces compuestas por antiguos villistas. Por ello fue tan cruenta esa guerra civil.

Remito al lector a la “controversia Villa-Carranza” (Katz, 1998a, pp. 388-396), o sea a las seis tesis contradictorias y complementarias que explican el porqué del enfrentamiento entre los dos bandos. Katz revisa los puntos de vista de la escuela oficialista, de la tesis “a la John Reed”, y de la tesis “serrana” de Alan Knight para, finalmente, ofrecer una síntesis que no es de conciliación, sino que tiene en cuenta las diversas dimensiones privilegiadas de manera unívoca por los autores citados. El capítulo XI (el villismo en práctica) que sigue inmediatamente a esas densas páginas, aclara la posición de Katz ante la coalición villista y sus variaciones en el tiempo y el espacio. El villismo fue un fenómeno complejo y cambiante que se propagó fuera del Norte, después de acabar con su enemigo gemelo el orozquismo, que reclutó hombres entre los católicos de Jalisco, Michoacán y el Bajío,⁶ y que después sirvió de estandarte para un sinfín de guerrillas y pandillas. Hubo un villismo hasta la Convención de Aguascalientes; luego vino el apogeo del villismo militar y después la interminable implosión villista, con su principal campo magnético en Chihuahua, pero con una multitud de focos en todas partes. Me hubiera gustado tener a la vista un mapa de esa última etapa. Cabe hacer notar la ausencia de mapas en un trabajo que le da tanta importancia a la geopolítica, al espacio y a la distancia.

En realidad, el villismo triunfante funcionó como una confederación laxa de intereses regionales; fuera de su estado, Villa nunca intentó imponer un gobierno “villista”. A diferencia del carrancismo centralizador, los villistas dejaron a cada grupo, a cada facción ejercer el control sobre su propia región, sin intentar tomarla bajo su control directo. Ésa fue una de las causas de la derrota frente a una coalición carrancista mucho más cohesiva, mucho menos localista, menos “parroquial”, para hablar como un general carrancista. Quizá se podría decir que más que una diferencia de clase social entre ambas coaliciones, lo que existió fue una concepción diferente de la manera de armar una coalición. Desde un principio Carranza y los que lo siguieron optaron por lo que yo llamaría la línea juarista y porfirista: fortalecer una autoridad centralizada. Carranza jamás hubiera con-

⁶ Por cierto, éste es uno de los pocos puntos, por no decir el único, que Katz no ha tratado a profundidad, empezando por el catolicismo de Silvestre Terrazas, un hombre muy cercano a Villa.

testado como Villa, cuando De la Huerta lo invitó a unirse a la Revolución en Sonora en marzo de 1913: “No, no, hombre, ni lo piense. En su estado no sirvo para nada. No conozco la tierra, no. En mi estado, es decir en Chihuahua, aunque haya nacido en Durango [...] valgo diez veces más que en Sonora” (Katz, 1998a, p. 206).

Nada que ver, pues, con la conducta agresiva, imperial, de los procónsules carrancistas como Salvador Alvarado o Francisco Múgica, para no hablar del general Álvaro Obregón, quien ganó todas sus grandes victorias lejos de su natal Sonora. Villa venció entre Ciudad Juárez y Zacatecas. Katz (1998a, p. 479) lo señala cuando explica el error estratégico fatal de la primavera de 1915 —no correr sobre Veracruz— por la incapacidad de Villa de ver a México en su conjunto. Narra que Villa sufría la obsesión de verse cortado de su base chihuahuense; semejante preocupación nunca la tuvo Obregón, aislado desde un principio de Sonora. Sin embargo, Obregón fue capaz de operar de manera efectiva en cualquier parte del país. No se trata, pienso yo, de un problema de mentalidad —el inculto, arcaico Villa contra el educado y moderno Obregón—, sino de la evaluación realista, en ambos casos, de la naturaleza de la fuerza de cada uno. Obregón y Alvarado, de haber conservado Sonora, ¿no habrían actuado de la misma manera que Villa para guardar su enorme “patria chica” y el control de la frontera con Estados Unidos? Se lanzaron a otra geopolítica porque no les quedaba otra opción. Lo señala muy bien Katz (1998a, p. 388): En 1914 “cada jefe revolucionario derivaba su fuerza real del control de su propia región. Sin eso, quedaba en el aire [...] Quitándole a Obregón el control de su estado natal y la fuente de su fuerza, Villa no le dejaba otra opción sino unirse a Carranza.”

Carranza, a su vez, también había perdido su base inicial, Coahuila, y había tenido que armar una red de alianzas primero norteañas y luego nacionales, a guisa de compensación.

Esas alianzas fueron geográficas pero sobre todo sociales y políticas y, por lo mismo, más modernas: con gente de la ciudad, con el movimiento obrero (Obregón y los Batallones rojos). Las famosas “circunstancias” tuvieron un papel decisivo en la conformación tanto del villismo, como del carrancismo; las circunstancias, mucho más que algún determinismo de clase con sus superestructuras ideológicas. Hablando de circunstancias, valdría la pena discurrir sobre el cómo, el por qué y las consecuencias de las derrotas de Villa en 1915 en el Bajío. Por falta de espacio y también porque Katz le dedica poca atención (el capítulo VIII sobre la División del Norte tiene 22 páginas) a la historia militar, pasaré a la violencia.

La violencia villista

Se ha insistido demasiado en el lado brutal, violento, "plebeyo" del villismo, y el muy real bandolerismo villista después de 1915 ha exaltado aún más esa imagen. Hay que recordar que esa dimensión fue controlada, reprimida, disimulada durante los años 1913 y 1914, pero nunca eliminada. Mientras Villa pudo pagar a sus tropas, no hubo más que "accidentes"; tan pronto como se acabó la bonanza, con la ruina del estado de Chihuahua y tras la pérdida de una base permanente, el villismo dio rienda suelta a la peor violencia (Katz, 1998a, pp. 220, 238, 239, 269, 270, 351, 465-655).

Katz no le dedica un capítulo especial a ese tema que merecería reflexión. Más allá de la violencia personal del antiguo bandido, más allá de ciertos aspectos también personales como su odio jamás explicado contra los chinos,⁷ más allá del villismo, toda la Revolución, si no es que todas las revoluciones, plantean ese problema. A los filozapatistas les cuesta trabajo reconocer que Zapata y los suyos mandaban "quebrar" a otros con una tremenda facilidad; Katz recuerda que Carranza fue implacable al aplicar la Ley Juárez del 25 de enero de 1862 contra todos sus adversarios, y que incluso le reclamó a Villa su indulgencia (Katz, 1998a, p. 220). Katz no disimula nada: ni los arranques de Villa, ni la bestialidad del terrible Fierro, ni la de los soldados en la toma de Zacatecas; el infierno para la población civil, la masacre de los federales, y luego, a sangre fría, la de los presos, la "ola de destrucción y carnicería" (Katz, 1998a, pp. 351-352). Habla de la "guerrilla salvaje y sangrienta" en Chihuahua de 1916 a 1920.

Más, mucho más encontrará el lector en ese gran libro: reflexión sobre la naturaleza de la Revolución Mexicana, sobre caudillos y caudillismo; sobre movimiento, revuelta, rebelión y revolución; sobre la decisión de Estados Unidos de aplicar el embargo únicamente a Villa, hasta entonces su amigo, y no a Carranza, su enemigo. Sería mucha presunción pretender elaborar una reseña exhaustiva del *Pancho Villa* de Friedrich Katz y aún más creer que sería posible absorber, evaluar y discutir toda la información, así como los numerosos juicios, diagnósticos y opiniones emitidos por el autor. Katz no ha cedido a la tentación de hacer una biografía de Villa —Collingwood decía que la biografía no pertenece al género histórico—, y nos ofrece un estudio global y totaliza-

⁷ Friedrich Katz menciona matanzas de chinos sin comentarlas (Katz, 1998a, pp. 597, 626, 630 y 808).

dor de un "movimiento": el villismo, dentro de la Revolución Mexicana y en el marco de América del Norte. Alabado sea.

Referencias bibliográficas

- Brading, D.A. (ed.) (1980), *Caudillo and Peasant in the Mexican Revolution*, Cambridge University Press
- Hobsbawn, Eric (1959), *Social Bandits and Primitive Rebels*, Glencoe, Free Press.
- Katz, Friedrich (1998a), *The Life and Times of Pancho Villa*, Stanford, Stanford University Press.
- (1998b), *Pancho Villa*, México, Era, 2 vols.
- (1998c), Comentario final en el coloquio *Revolutionary Frontiers*, Chicago, 6 de noviembre.
- (coord.) (1988), *Revolución, rebelión y revolución. La lucha rural en México del siglo XV al XX*, México, Era.
- (1982), *La guerra secreta en México*, México, Era.
- (1981), *The Secret War in Mexico: Europe, the United States and the Mexican Revolution*, Chicago, Chicago University Press.
- (1974), "Labor conditions on Haciendas in Porfirian Mexico", *Hispanic American Historical Review*, vol. 54, núm. 1, pp. 1-47.
- (1966), *Las relaciones socioeconómicas de los aztecas en los siglos XV y XVI*, México, UNAM, Instituto de Investigaciones Históricas.
- (1964), *Deutschland, Díaz und die Mexikanische Revolution*, tesis para obtener el grado de doctor en historia, Universidad de Berlín.
- Katz, Friedrich y Jane Dale Lloyd (eds.) (1986), *Porfirio Díaz frente al desencanto regional*, México, Iberoamericana.
- Knight, Alan (1986), *The Mexican Revolution*, Cambridge, Cambridge University Press, 2 vols.
- Meyer, Eugenia (1998), "Cabalgando con Villa: Reflexiones en torno a la historiografía de Friedrich Katz", ponencia presentada en el coloquio *Revolutionary Frontiers*, Chicago, 6 de noviembre.
- Meyer, Jean (1983), "Pancho Villa était-il dans le wagon de Lénine où le deuxième front mexicain pendant la guerre mondiale?", *Relations Internationales*, vol. 36, invierno, pp. 487-499.